CAPÍTULO VII

EL ECONOMISTA LIBERAL Y LA POLÍTICA*

I. INTRODUCCIÓN

La teoría de la libertad ha avanzado notablemente en la segunda mitad del siglo XX. Hoy puede afirmarse sin duda alguna que, al menos en el ámbito de la *teoría* económica, el triunfo de las prescripciones liberales ha sido absoluto. No sólo se ha puesto de manifiesto que el socialismo real es, tal y como habían demostrado Mises, Hayek y el resto de los miembros de la Escuela Austriaca de Economía, teóricamente imposible,[1] sino que, además, los análisis más solventes están poniendo igualmente de manifiesto que la política económica intervencionista seguida en las economías «mixtas» está también abocada al fracaso. Por otro lado, por doquier aparecen trabajos que continuamente evidencian la crisis del denominado «Estado del Bienestar». Podemos, por tanto, concluir que, hoy en día, ya en los umbrales del siglo XXI, el debate teórico ha sido ganado por los defensores de la economía de mercado.

Sin embargo, y en lo que se refiere a la aplicación *práctica* de las prescripciones liberales, todavía queda mucho camino por recorrer. Aun cuando la histórica caída del socialismo real en el Este de Europa ha puesto de manifiesto la imposibilidad del comunismo y se están efectuando ciertas reformas liberalizadoras en el resto de los países intervencionistas (mal llamados «de economía de mercado»), son todavía muchas las dificultades que hay que vencer. En efecto, parece como si habiendo ya quedado claro desde el punto de vista teórico cuál es el

---

* Originariamente publicado en *Manuel Fraga: Homenaje Académico*, Fundación Canovas del Castillo, Madrid 1997, volumen II, pp. 763-788. Parte de este trabajo fue publicado en italiano, con el título «Dalla Teoría alla Prassi», en la revista *Ideazione*, Roma, mayo de 1999, pp. 159-170.

[1] Jesús Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid 1992 (2.ª ed., 2001).

objetivo final hacia el que hay que tender, sin embargo, fuera muy difícil iniciar y llevar a la práctica las necesarias reformas. En concreto, aunque las reformas liberales se hayan demostrado convenientes desde el punto de vista teórico y las únicas conformes con la moral, se argumenta, no obstante, que en muchas ocasiones «es manifiesta su imposibilidad política».

Pues bien, en el presente artículo nos proponemos hacer frente a la objeción relativa a la supuesta imposibilidad política de hacer avanzar el ideario liberal. Para ello es preciso analizar cuáles son la estrategia y la táctica más adecuadas para impulsar y culminar las reformas liberales, así como cuáles han de ser las relaciones que deben existir entre el teórico de la economía liberal y aquellos profesionales de la política que pretendan avanzar día a día en la buena dirección.

A continuación estudiaremos, en primer lugar, las razones que suelen aducirse para justificar la supuesta imposibilidad política de avanzar en el ideario liberal, pasando revista a diversos ejemplos históricos recientes que, en mayor o menor medida, claramente refutan el pesimismo en este campo. Después presentaremos la estrategia que estimamos más adecuada para superar la barrera de lo políticamente imposible desde tres puntos de vista: el teórico, el ético y el histórico. Tras proponer un inventario de actividades que pueden y deben impulsarse para facilitar el cambio de la opinión pública en la buena dirección, resaltaremos el importante papel de la clase política en general, y de los políticos liberales en particular, a la hora de convencer e ilusionar a la ciudadanía en pos de un proyecto de reforma verdaderamente liberal. Una clasificación en cuatro tipos de los políticos profesionales desde el punto de vista de su compromiso con la teoría y la práctica liberales y un análisis de las circunstancias más importantes que influyen en su comportamiento, junto con una enumeración de recomendaciones prácticas que consideramos importantes para todo liberal que decida dedicarse a la política, pondrán punto final al presente trabajo.

II. Motivos que suelen aducirse para considerar que las reformas liberales son políticamente imposibles

Son diversas las razones que suelen darse para argumentar que muchas reformas liberales no son políticamente posibles y justificar, con ello, el mantenimiento del *statu quo*. Así, por ejemplo, se aduce que los razonamientos teóricos que respaldan las políticas liberales son, en general,

muy abstractos y difíciles de explicar a la ciudadanía. También se argumenta que la gente es muy reacia a los cambios, especialmente cuando éstos se basan en teorías abstractas y en el logro a medio y largo plazo de unos resultados que, aunque se comprenda que van a ser muy favorables, se considera, sin embargo, que exigen, de entrada, «sacrificios importantes». Todo esto hace que la presentación y defensa por parte de los políticos de las reformas orientadas en la buena dirección peque, en muchas ocasiones, de timidez y falta de convencimiento: se piensa que los argumentos liberales dejan demasiados flancos abiertos a la crítica fácil, en especial frente a una oposición socialista que, en general, se ha demostrado carente de escrúpulos y no duda a la hora de recurrir a los razonamientos más demagógicos.

Estos y otros argumentos, que son los más comúnmente manejados por los políticos que se plantean emprender reformas liberales, parecen haber encontrado, además, respaldo teórico en las aportaciones de la denominada «Escuela de la Elección Pública». En efecto, diversos análisis de la *Public Choice School*, encabezada por el Premio Nobel de Economía James M. Buchanan, tratan de explicar teóricamente las dificultades de emprender y culminar las reformas adecuadas. Así, se habla, entre otros aspectos, del llamado «efecto de la racionalidad de la ignorancia», según el cual, dada la escasa probabilidad de que el votante individual pueda influir con su solo voto en el resultado final de las elecciones, el sistema democrático actual incentiva a que los ciudadanos consciente o inconscientemente se ahorren el gran esfuerzo que supondría estudiar con la necesaria profundidad los múltiples y complicados temas que son objeto de discusión y debate a nivel político.[2]

Frente a esta generalizada inhibición de la ciudadanía se alzan los «grupos de presión» que, identificando un fuerte interés en una área concreta, se movilizan con éxito para presionar e influir sobre los poderes públicos consiguiendo privilegios a costa de una «mayoría silenciosa» a la que nadie se preocupa en defender.

Igualmente, se ha teorizado sobre el efecto de la «miopía gubernamental», que tiende a surgir del deseo prioritario de los gobernantes por

[2] Es decir, el sistema democrático genera, en la terminología neoclásica, un gigantesco e insoluble problema de «bien público» o *free rider* (usuario gratuito), pues cada votante internaliza íntegramente el elevado coste de votar informada y responsablemente, mientras que los beneficios de su acción se diluyen en su práctica totalidad entre el resto de sus conciudadanos, siendo así casi imposible que cada votante individual pueda llegar a aprovecharse de los beneficios derivados de su acción de votante informado y responsable.

alcanzar el poder y mantenerlo a toda costa, lo que explica que tomen sus decisiones con un horizonte temporal muy cercano (el de las próximas elecciones), por lo que es casi inevitable que en muchas ocasiones terminen sacrificando el bienestar a largo plazo de la comunidad a cambio de obtener «ventajas políticas» a corto plazo.

Por último, se ha demostrado que los organismos burocráticos tienden a sobrexpansionarse constantemente y a autojustificar la necesidad de su existencia y crecimiento, pues no dependen de una cuenta de pérdidas y ganancias ni se ven forzados cada día a revalidar en el mercado sus servicios como cualquier empresa privada, ya que tienen garantizada su existencia con cargo a los Presupuestos Generales del Estado, si es que logran el suficiente apoyo político (generalmente alentado por un grupo de interés).[3]

Dejando aparte su virtualidad científica, que no vamos a discutir aquí, es evidente que se corre el grave riesgo de que el análisis teórico de la Escuela de la Elección Pública tienda a fomentar el *nihilismo* entre aquellos que pretendan dedicar su esfuerzo a impulsar a corto plazo reformas prácticas orientadas en la buena dirección. En efecto, la teoría de la *Public Choice* parece que explica y confirma la existencia de un «círculo vicioso» en el ámbito político que es muy difícil romper: se constata que el político se limita en gran medida a cosechar un estado previo de opinión pública que, por otro lado, se considera muy difícil de movilizar a corto plazo en la dirección adecuada, como consecuencia de los efectos combinados de la «racionalidad de la ignorancia» y de la actividad de los grupos privilegiados de interés (a los que habría que añadir el «efecto de miopía gubernamental» y la tendencia de los organismos burocráticos a sobrexpansionarse casi sin límite). Si a este círculo vicioso, que la teoría parece explicar, se añaden las múltiples experiencias frustrantes con las que muchos políticos se han encontrado al intentar llevar adelante reformas liberales, se comprende que sea muy fácil caer en el escepticismo o en el desánimo si es que se llega a pensar que el muro de lo «políticamente no factible» es muy difícil, si no imposible, de franquear.

---

[3] En otro lugar presento con más detalle un resumen de los principales argumentos desarrollados por la Escuela de la Elección Pública en este campo; véase Jesús Huerta de Soto, «Derechos de propiedad y gestión privada de los recursos de la naturaleza», en *Estudios de economía política*, Unión Editorial, Madrid 1994, cap. XXI, pp. 229-249.

III. Ejemplos históricos que refutan el pesimismo

Y, sin embargo, existen diversos ejemplos históricos que ponen de manifiesto que es posible impulsar reformas radicales, incluso en contra de circunstancias muy adversas. Así, y refiriéndonos exclusivamente a los casos más conocidos posteriores a la Segunda Guerra Mundial,[4] debemos mencionar, en primer lugar, la reforma liberalizadora que se puso en práctica por Ludwig Erhard en la Alemania Federal tras la Segunda Guerra Mundial, desafiando frontalmente las «recomendaciones» intervencionistas de los asesores económicos (Galbraith, etc.) que le habían enviado las potencias occidentales vencedoras en el conflicto. Los decretos liberalizadores de Erhard fueron promulgados de golpe y por sorpresa en 1948 y dieron lugar al espectacular *Wirtschaftswunder* o «milagro económico alemán».[5]

Treinta años después ha tenido también un gran impacto la denominada «revolución conservadora» impulsada en los Estados Unidos por Ronald Reagan a lo largo de sus dos mandatos presidenciales (1980-1988). En dicho periodo Reagan llevó a cabo una importante reforma fiscal que redujo el tipo marginal del impuesto sobre la renta al 28 por ciento y desmanteló, en gran medida, la regulación administrativa de la economía y el agobiante peso que la Administración Federal había llegado a alcanzar en los Estados Unidos, generándose como resultado un importante auge económico que se materializó en la creación de más de 12 millones de puestos de trabajo en este país.[6]

---

[4] Podríamos enumerar otras muchas reformas liberalizadoras anteriores y remontarnos, incluso, a la intentada por Turgot en el siglo XVIII. Sin embargo, a nuestros efectos, creemos que es suficiente con los ejemplos que presentamos en el texto. Un buen análisis retrospectivo de los diferentes intentos de reforma liberal llevados a cabo a lo largo de la historia, así como de las dificultades con que se encontraron sus respectivos protagonistas, ha sido efectuado por Lucas Beltrán en su trabajo titulado «Liberalizar no es fácil», *Ensayos de economía política*, Unión Editorial, Madrid 1996, cap. IV, pp.74-84.

[5] Sobre la reforma de Erhard debe consultarse al propio Ludwig Erhard, *Bienestar para todos*, Unión Editorial, Madrid 1989; así como la reciente recopilación de sus trabajos incluida en Ludwig Erhard, *Deutsche Wirtschaftspolitik: Der Weg der Sozialen Marktwirtschaft*, publicado por Econ Verlag, Dusseldorf y Viena 1992; e igualmente el trabajo de Samuel Brittan y Peter Lilley, «La política de rentas en la Alemania nazi y el milagro de Erhard», en *Lecturas de economía política*, Jesús Huerta de Soto (ed.), Unión Editorial, Madrid 1987, vol. II, pp. 237-247.

[6] Sobre las reformas de Reagan y su fundamento filosófico puede consultarse, en castellano, al propio Ronald Reagan, «Discurso de Ronald Reagan en la Fundación March», incluido en *Lecturas de economía política*, cit., vol. II, pp. 229-235.

Más cerca aún de nosotros cabe mencionar el caso de la revolución liberal desarrollada por Margaret Thatcher en el Reino Unido y que a lo largo de casi 12 años impulsó el programa de privatizaciones de empresas públicas más ambicioso que se ha conocido hasta hoy en el mundo. Thatcher, además, vendió millones de viviendas municipales a sus inquilinos, convirtiendo así a extensas capas de la población en pequeños propietarios; llevó a cabo, igualmente, una profunda reforma fiscal que redujo el tipo marginal del impuesto sobre la renta al 40 por ciento; acabó con los abusos de los sindicatos y, en general, desreguló la economía e inició un programa de regeneración moral que impulsó fuertemente la economía de su país, muy afectado por decenios de políticas intervencionistas aplicadas tras la Segunda Guerra Mundial no sólo por los gobiernos laboristas, sino también, y especialmente, por diversos gobiernos conservadores que cayeron en la errónea estrategia del «pragmatismo».[7]

Finalmente, y por su gran trascendencia histórica, no podemos dejar de mencionar la caída del socialismo real en los países del Este de Europa, que, como resultado de una serie de revoluciones en general incruentas, se produjo a partir de 1989 ante el asombro del mundo occidental y la sorpresa de sus principales intelectuales y dirigentes políticos. Y una importancia similar tendrán a la larga, aunque su impacto inicial haya sido menor, las reformas liberales que se han llevado a cabo en Hispanoamérica, especialmente en países como Chile, Argentina, México, Bolivia, Perú y Ecuador, liderados por políticos «populistas» que, sin embargo, han sabido impulsar medidas en la buena dirección.[8]

Es claro, por tanto, que en contra de la mencionada tentación nihilista, estos y otros ejemplos históricos ilustran cómo es perfectamente posible superar, incluso en circunstancias históricas muy adversas, la barrera de lo «políticamente imposible» que aparentemente siempre surge cuando se quieren emprender y llevar a cabo con éxito reformas

---

[7] Sobre el sentido y el impacto de la revolución thatcherista debe consultarse, sobre todo, a la propia Margaret Thatcher, *Los años de Downing Street*, Editorial El País-Aguilar, Madrid 1993, así como su más reciente libro, *El camino hacia el poder*, Editorial El País-Aguilar, Madrid 1995.

[8] Tal es el caso, por ejemplo, de Carlos Ménem en Argentina. Las medidas liberalizadoras de Chile han tenido un gran éxito y han servido de modelo al resto de los países hispanoamericanos, aunque fueron iniciadas bajo el régimen dictatorial del General Pinochet. Los chilenos, no obstante, han sido lo suficientemente juiciosos como para, una vez restablecida la democracia en su país, mantener e incluso reforzar las reformas liberalizadoras que fueron inicialmente impulsadas por Pinochet.

liberales. A continuación vamos a estudiar qué estrategias y medidas es preciso adoptar y llevar a cabo para hacer políticamente factible lo que hoy parece muy difícil e incluso políticamente imposible de lograr.

IV. Los tres niveles de actuación que exigen las reformas: teórico, histórico y ético

En otro lugar he desarrollado la tesis de que existen tres niveles distintos de aproximación a la realidad política, económica y social: un nivel teórico, un nivel histórico y un nivel ético.[9] De acuerdo con esta concepción, el análisis y la interpretación de los fenómenos sociales puede y debe hacerse a partir de estos tres puntos de vista.

Así, y siguiendo este esquema, es fácil entender cómo toda política errónea surge siempre como resultado de una concatenación de factores que corresponden a cada uno de los citados tres niveles. En efecto, detrás de cada política dañina para la sociedad suele haber, a nivel estrictamente *teórico*, graves errores y falacias de tipo científico. En efecto, continuamente teorías falsas se utilizan para justificar las políticas intervencionistas más dañinas. En ocasiones estas teorías surgen de forma casual e independiente y las políticas se toman después, como consecuencia de los errores teóricos y metodológicos cometidos. En otras ocasiones, sin embargo, se construyen teorías erróneas *ad hoc* para justificar determinadas políticas que se habían decidido con carácter previo.[10]

A nivel *histórico*, es decir, de la realidad práctica de cada día, uno de los factores más importantes a la hora de impulsar políticas equivocadas es la intervención de los grupos de presión o grupos privilegiados de interés que salen beneficiados con las mismas. De manera que a los errores de fundamentación teórica, siempre hay que añadir la existencia de determinadas personas y grupos sociales que se van a ver especialmente privilegiados y favorecidos como consecuencia de la dañina medida política tomada.

---

[9] Jesús Huerta de Soto, «Historia, ciencia económica y ética social», en *Estudios de economía política*, cit., cap. VII, p. 105 y ss.

[10] Tales son los casos, por ejemplo, de la teoría marxista de la explotación, elaborada por Carlos Marx para justificar su previa posición revolucionaria; y más recientemente, de la *Teoría General* de Keynes, que debió su gran popularidad precisamente a que parecía dar respaldo teórico y respetabilidad científica al intervencionismo fiscal, monetario y crediticio que desde siempre, y en contra de las prescripciones de la teoría económica correcta, venían emprendiendo los gobiernos.

Finalmente, y a nivel ético, es preciso constatar que las políticas dañinas que resultan de los errores teóricos y del apoyo malintencionado de determinados grupos privilegiados de presión, se hacen prácticamente inevitables cuando en el cuerpo social entran en crisis los principios morales, es decir, las normas básicas de comportamiento pautado que siempre han de estructurarlo. Expresado de otra forma, a toda sociedad en la que surjan errores teóricos y grupos privilegiados de interés sólo le queda, como última línea de defensa, el mantenimiento dogmático por parte de sus líderes de una serie de comportamientos pautados de tipo moral. Si este último dique o freno moral desaparece, la sociedad estará perdida y será víctima de las políticas más demagógicas, intervencionistas y dañinas que siempre encontrarán una justificación teórica errónea y el apoyo de algún grupo privilegiado de interés.

Las anteriores consideraciones nos van a permitir emprender, en paralelo y por contraste, un análisis sobre la *estrategia* precisa para hacer que en el futuro sea políticamente factible lo que hoy nos parece imposible de conseguir; es decir, para eliminar las políticas intervencionistas, sustituyéndolas paulatinamente por otras más conformes con el ideario liberal. Vamos de esta manera a proponer a continuación una serie de medidas y acciones concretas que es preciso emprender en cada uno de los tres niveles mencionados (teórico, histórico y ético) para romper la barrera que hoy parece infranqueable de lo políticamente imposible en relación con las reformas de tipo liberal.

V. Actuaciones en el campo teórico

En la lucha por la libertad es esencial el papel del teórico puro. Su *rol* básicamente consiste en la búsqueda radical y sin compromiso alguno de la verdad científica. A la hora de hacer posible la ruptura del círculo vicioso de lo políticamente imposible el papel del teórico puro es, a largo plazo, el más importante. Qué duda cabe de que las ideas mueven el mundo y que, por una u otra vía, su influencia termina siempre a la larga filtrándose e impactando en el cuerpo social.

Además, es precisamente en el ámbito de la teoría liberal donde más se ha avanzado. Hoy podemos afirmar con toda seguridad, y utilizando un símil futbolístico, que en este campo el triunfo sobre las teorías que hasta ahora justificaban el socialismo o el intervencionismo ha sido «por goleada». Baste mencionar, por ejemplo, cómo el análisis de la Escuela Austriaca de Economía (Mises y Hayek) sobre la imposibilidad

del socialismo, tras varias décadas de polémica con los teóricos socialistas, se ha visto plenamente confirmado, no sólo por la caída del socialismo real en el Este de Europa, sino, además, por la crisis aparentemente insoluble en que ha entrado el Estado intervencionista o del «bienestar» en todo el mundo occidental.[11]

En el nivel teórico, quizá el principio de actuación más importante consiste en proseguir la búsqueda de la verdad científica, sin hacer concesión alguna en aras de lograr a cambio alguna ventaja o influencia política a corto plazo. Y es que, como ha afirmado Hayek, «no son compatibles el trabajo del político y el del verdadero estudioso de la sociedad. En efecto, creo que para tener éxito como político, para llegar a ser un líder político, es casi esencial que no se tengan ideas originales sobre las cuestiones sociales, que sólo se exprese lo que siente la mayoría ... Pienso que el economista debería abstenerse de ligarse a un partido, o incluso de entregarse predominantemente a una buena causa. Eso no sólo nubla su entendimiento, sino que la influencia que así obtiene se compra casi seguramente a costa de la independencia intelectual. Una excesiva ansiedad por que se haga alguna cosa, o para mantener la influencia propia sobre un grupo particular, será casi seguramente un obstáculo para expresar muchas cosas impopulares que debería decir, y conduce a un compromiso con las 'posturas dominantes' que deben ser aceptadas, y aun a la aceptación de posturas que no soportarían un examen imparcial».[12]

---

[11] Emociona leer cómo hasta los antiguos teóricos socialistas más conspicuos, como Robert L. Heilbroner, reconocen el fracaso del socialismo y el triunfo de las teorías de la Escuela Austriaca, concluyendo que «Mises was right ... socialism has been the great tragedy of this century». Robert L. Heilbroner, «Analysis and Vision in the History of Modern Economic Thought», *Journal of Economic Literature*, vol. 28, septiembre de 1990, pp. 1097 y 1010-1011; y también sus artículos publicados en *The New Yorker*: «The Triumph of Capitalism», 23 de enero de 1989, y «Reflections after Communism», 10 de septiembre de 1990, pp. 91-100. Un análisis detallado sobre la polémica en torno a la imposibilidad teórica del socialismo puede encontrarse en mi libro ya citado *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*. En este libro además expongo la tesis de que la caída del muro de Berlín y del socialismo real habrá de tener un fuerte impacto sobre la forma de hacer economía y que es propia del cientista paradigma neoclásico dominante hasta hoy, cuyos modelos y desarrollos teóricos se han utilizado a menudo para justificar políticas económicas intervencionistas y argumentar que el socialismo como sistema podía funcionar; véase en el mismo sentido y más recientemente J.E. Stiglitz, *Whither Socialism?*, The MIT Press, Cambridge, Massachusetts 1994, pp. xi-xii.

[12] F.A. Hayek, *La tendencia del pensamiento económico: ensayos sobre economistas e historia económica*, vol. III de *Obras completas de F.A. Hayek*, Unión Editorial, Madrid 1995, pp. 41-43.

En suma, Hayek nos pone en guardia frente al error en el que a menudo han caído, entre los liberales, la mayoría de los miembros de la denominada Escuela de Chicago, al presentar en sus estudios como conclusiones científicas lo que en muchas ocasiones no eran sino simples «soluciones de compromiso». Así ha sucedido, por ejemplo, en relación con múltiples prescripciones de esta Escuela que, como la de la regla de crecimiento monetario, los tipos de cambio flexibles, el denominado «impuesto negativo sobre la renta», el bono escolar y otras, han sido ampliamente debatidas a nivel científico y popular. La presentación y defensa de estas posiciones, sin explicitar cuáles eran los objetivos teóricos finales, ni aclarar que las mismas en gran medida pretendían lograr tan sólo un compromiso políticamente aceptable, ha ido en detrimento del prestigio teórico y liberal de la Escuela de Chicago, que así ha perdido paulatinamente el protagonismo en la defensa de los principios liberales, en favor de la Escuela Austriaca, que es mucho más pura en su teoría de la libertad y está mucho menos comprometida en la búsqueda de soluciones políticas a corto plazo.

Con la finalidad de evitar este y otros riesgos ha de proponerse como estrategia más adecuada en el ámbito de la teoría, la que, siguiendo a William H. Hutt, vamos a denominar *estrategia dual* y que consiste básicamente en lo siguiente.[13]

Por un lado, deberá continuarse el estudio de los principios esenciales de la teoría liberal y sus consecuencias, definiendo sin compromiso alguno cuáles son los objetivos finales que se pretende conseguir a largo plazo y las implicaciones teóricas esenciales de los mismos.

Por otro lado, y a más corto plazo, puede y debe diseñarse una política de acercamiento gradual hacia dichos objetivos con la condición de que la misma sea siempre *coherente* con los mismos. Habrán de evitarse, por tanto, «soluciones de compromiso» que vayan en la dirección opuesta a los objetivos prefijados o que oculten o confundan en mayor o menor medida a la ciudadanía sobre cuáles son los objetivos finales y sus implicaciones (error, este último, en el que, como hemos dicho, a menudo ha caído la Escuela de Chicago). Solamente esta estrategia puede hacer posible alcanzar políticamente a medio y a largo plazo lo que quizá hoy parezca muy difícil de lograr.

---

[13] William H. Hutt, *Politically Impossible ...?*, The Institute of Economic Affairs, Londres, 1971; existe una traducción española publicada con el título de *El economista y la política: ensayos sobre la «imposibilidad política» del análisis económico*, Unión Editorial, Madrid 1975.

Los puntos esenciales de la *estrategia dual* que ha de desarrollar todo teórico de la libertad han de ser, por tanto, los siguientes:

a) Estudiar con tesón y constancia los principios teóricos y las consecuencias últimas derivadas de los mismos, sin hacer concesión alguna a las exigencias políticas a corto plazo.

b) Manteniendo con carácter irrenunciable la actividad anterior, realizar una labor de educación y divulgación ciudadana sobre cuáles son los principios teóricos esenciales y sus implicaciones.

c) Sin perder de vista cuáles son los objetivos últimos y sus implicaciones, ni abandonar la labor de educación y divulgación, diseñar teóricamente *procesos de transición alternativos* que, sin violar en ningún caso los principios teóricos, vayan siempre dirigidos en la buena dirección.[14]

d) Si es ineludible aceptar un compromiso político a corto plazo, éste siempre habrá de pasar la prueba de que no se violen los principios esenciales (es decir, que el compromiso nunca suponga un alejamiento de los mismos). Además habrá que explicar a la ciudadanía que se trata de una concesión o compromiso efectuado a corto plazo por exigencia de las circunstancias políticas, y no de una prescripción teórica que sea consecuencia lógica e inevitable del ideario liberal.

Solamente una actividad a nivel teórico que siga siempre y a rajatabla estas prescripciones puede evitar el riesgo más peligroso de toda estrategia liberal, y que no es otro que el de caer en el *pragmatismo político del día a día* olvidando, ante los afanes y dificultades que agobian al que tiene que tomar decisiones políticas a corto plazo, cuáles son los objetivos últimos que se deberían conseguir, en virtud de la supuesta imposibilidad política de su logro.

El *pragmatismo* es el vicio más peligroso en el que puede caer un liberal, y en el pasado ha tenido efectos devastadores sobre esta ideología, motivando sistemáticamente que por conseguir o mantener el poder se hayan consensuado y adoptado decisiones políticas que en muchos casos eran esencialmente incoherentes (es decir, que iban en una

[14] Se trata, en suma, de seguir la recomendación del Premio Nobel de Economía James M. Buchanan, en relación con la necesaria búsqueda teórica de caminos alternativos para desmantelar el «Estado de Bienestar»: «political economists fulfil their proper role when they can show politicians that there do exist ways to close down the excesses of the welfare state without involving default on the contracts that this state has obliged itself to. This approach to reform not only meets ordinary precepts of fairness; it also facilitates the political leaders' task of organising the consensus necessary to allow any institutional changes to be made at all.» James B. Buchanan, «Dismantling the Welfare State», cap. XVI de *Liberty, Market and State*, Harvester Press, Gran Bretaña, 1986, p. 184.

dirección contraria) con los que deberían haber sido los objetivos últimos a perseguir desde el punto de vista liberal.

Además, la exclusiva discusión de lo que era políticamente factible a muy corto plazo, y el hecho de que los propios científicos relegaran a un segundo plano e incluso olvidaran totalmente los objetivos finales, ha impedido en muchas ocasiones que se efectuase un estudio detenido de los principios teóricos, así como el necesario proceso de divulgación de los mismos. Todo esto ha motivado en el pasado una continua pérdida de contenido en la ideología liberal, que en muchos casos ha quedado totalmente desdibujada y diluida en otros programas, intereses e ideologías.

Afortunadamente, en los tiempos actuales las circunstancias han cambiado y los teóricos liberales han vuelto a la ofensiva, estudiando los principios teóricos más puros y divulgando su contenido e implicaciones a nivel popular, lo cual explica el amplio resurgir y el renovado impulso que la economía de mercado y el liberalismo en general están teniendo en todo el mundo. Además, el hecho de que esta estrategia haya sido básicamente seguida por los miembros de la denominada Escuela Austriaca de Economía, explica porqué la misma, a pesar de su carácter elitista y relativamente minoritario, ha tomado el testigo del liderazgo del liberalismo teórico en el mundo, arrebatando la iniciativa del impulso teórico liberal a los miembros de la desprestigiada Escuela de Chicago. Y es que, hoy en día, son los teóricos de la Escuela Austriaca los que fijan e impulsan la agenda del movimiento liberal, incluso a corto plazo, precisamente en virtud de la mayor seguridad y convencimiento que tienen sobre los principios teóricos que defienden y sus implicaciones, y de la que suelen carecer sus a menudo incómodos «compañeros de viaje» de la Escuela de Chicago.[15]

VI. Actuaciones en el campo ético

El ámbito de la ética ha sido, hasta ahora, el gran olvidado en las estrategias de defensa e impulso del liberalismo en general y de la economía de mercado en particular. La causa de este lamentable olvido hay que

[15] He intentado aplicar con rigor los principios de esta *estrategia dual* que recomiendo, en el ámbito concreto del análisis de la crisis y reforma de la seguridad social, en mi trabajo «The Crisis and Reform of Social Security: An Economic Analysis from the Austrian Perspective», *Journal des Économistes et des Études Humaines*, vol. V., n.º 1, París y Aix-en-Provence, marzo de 1994, pp. 127-155. Una versión en

buscarla en el dominio que ha tenido en la ciencia económica la estrecha concepción «cientista» que ha pretendido desarrollar nuestra disciplina siguiendo la metodología y la forma de hacer ciencia que ha sido propia de la física y de otras ciencias naturales.

Así, los modelos neoclásicos hasta ahora dominantes se basan en un concepto reduccionista de la racionalidad humana, que presupone un entorno cerrado de fines y medios, es decir, de plena información (bien sea en términos ciertos o probabilísticos) y en el que se supone que los seres humanos se limitan a tomar decisiones *ad hoc* en términos de maximización.[16] Según este enfoque, parece que no es preciso que los seres humanos adapten su comportamiento a ninguna regla pautada de tipo moral, pues la decisión más adecuada en cada caso vendrá dada por un mero criterio de optimización (que se presenta además con la aureola científica que hoy tiene el formalismo matemático) de los fines conocidos que se pretenden lograr con cargo a medios, que también se suponen conocidos y al alcance del decisor.

Esta concepción cientista de la economía es la que ha sido desarrollada hasta la saciedad por autores que, como Friedman, Becker o Stigler, han surgido de la Escuela de Chicago y en el ámbito político mantienen un cierto posicionamiento liberal. Sin embargo, la defensa del mercado que efectúan éstos y otros autores se basa exclusivamente en razones de estrecha eficiencia utilitarista, por lo que, quizá sin darse cuenta, siempre terminan por dar armas y argumentos teóricos a aquellos que, por contra, propugnan la intervención estatal e incluso el socialismo.

En efecto, si se presupone que la información está dada y que se puede actuar siguiendo tan sólo un estrecho criterio de maximización, es casi inevitable que termine dándose el pequeño paso teórico adicional consistente en suponer que tal información y criterio operativo pueden ser utilizados, incluso de forma más efectiva, por el propio gobierno u órgano estatal de planificación, para coordinar «adecuadamente» la sociedad en general o cualquiera de sus parcelas en particular, vía mandatos coactivos.[17]

---

español de este trabajo se encuentra incluida con el título de «Teoría de la crisis y reforma de la Seguridad Social», en mi libro ya citado *Estudios de economía política*, Unión Editorial, 1994, cap. XXII, pp. 250-284.

[16] Véase mi análisis crítico al ideal *consecuencialista* que se encuentra detrás de la economía neoclásica en el «Estudio preliminar» al libro de Israel M. Kirzner *Creatividad, capitalismo y justicia distributiva*, Unión Editorial, Madrid 1995, pp. 17-41. Y también en el Capítulo VIII de este libro.

[17] Los teóricos de la Escuela de Chicago son, por tanto, víctimas de la que podríamos denominar «paradoja del 'ingeniero social' liberal»; en efecto, compar-

Frente a esta concepción reduccionista de la economía, la Escuela Austriaca ha demostrado que es imposible que tanto el ser humano actor, como el científico o los miembros de cualquier gobierno u órgano de planificación puedan hacerse con la información que se presupone disponible en los modelos neoclásicos. La razón de esta imposibilidad radica en la *capacidad creativa* del ser humano y en su espíritu empresarial que constantemente está descubriendo nuevos fines, medios y oportunidades de ganancia. Por tanto, no puede aceptarse el concepto reduccionista y estático de «racionalidad» que manejan los neoclásicos y que elimina de raiz la capacidad creativa del ser humano.[18]

Además, la imposibilidad de que el criterio estrecho de maximización oriente con carácter exclusivo la acción humana, hace inevitable que ésta se desarrolle dentro de un marco de comportamientos pautados de tipo jurídico y moral que surgen de forma evolutiva como plasmación de la naturaleza humana en los múltiples procesos de interacción social que se desarrollan a lo largo de la historia.

Estas instituciones de tipo moral y legal no pueden ser una creación deliberada de los seres humanos, pues incorporan un volumen de información tan elevado y variable que supera con mucho la capacidad de previsión, análisis y comprensión de la mente de cada individuo. Y sin embargo, estas instituciones jurídicas, morales, económicas y lingüísticas son precisamente las más trascendentales para el desarrollo de la vida en sociedad y, por tanto, de la civilización.

---

ten íntegramente la arrogancia cientista de los ingenieros sociales neoclásicos, pretendiendo a su vez justificar, con tal perspectiva e instrumental analíticos, supuestas políticas «liberales», que a menudo son contradictorias con los principios esenciales de la libertad, por lo que terminan a la larga alentando, sin darse cuenta, la coacción institucional que es propia del intervencionismo.

[18] Véase mi estudio preliminar a la 5.ª edición española de Ludwig von Mises, *La acción humana: tratado de economía*, Unión Editorial, Madrid 1995, pp. xxi-lxxi (6.ª ed., 2001).

[19] Debe abandonarse, por tanto, el fantasmagórico concepto estático de eficiencia paretiana y sustituirse por otro «dinámico» basado en la capacidad creativa y en la función empresarial. De acuerdo con el criterio dinámico que proponemos, lo importante, en suma, más que evitar el despilfarro y situar el sistema en algún punto de la «curva de posibilidades máximas de producción» (criterio paretiano), es fomentar la creatividad empresarial y mover constantemente tal curva hacia la derecha (criterio alternativo de eficiencia dinámica). Como es lógico, cuando nos referimos a la «curva de posibilidades máximas de producción», lo hacemos tan sólo en sentido metafórico para que nos entiendan nuestros lectores de la tradición neoclásica, pero sin olvidar que tal curva *no existe*, pues sus puntos no están dados (varían constantemente) y jamás pueden llegar a conocerse.

Todas estas enseñanzas, que han sido depuradas por los teóricos de la Escuela Austriaca, sobre todo a lo largo del debate que mantuvieron durante el siglo XX en torno a la imposibilidad teórica del socialismo, ponen de manifiesto que el mercado y la libertad económica han de defenderse, no sólo por estrictas razones de «eficiencia dinámica»[19] (es decir, porque promueven una mayor creatividad y más efectiva coordinación entre los comportamientos humanos), sino además, y sobre todo, porque el sistema económico capitalista es socialmente el único ético y moral.[20]

Si la ética entró en crisis en el siglo XX, ha sido como consecuencia del endiosamiento de la razón que es propio del cientismo exagerado y según el cual se supone que cada ser humano puede y debe decidir *ad hoc* según sus impulsos subjetivos y en base a criterios de maximización, sin necesidad de someterse a comportamientos de tipo moral previamente pautados. Esta errónea concepción cientista de la economía se ha convertido en uno de los fundamentos esenciales del socialismo, que de hecho puede definirse como aquel sistema económico en el que se pretende que el gobierno coordine vía mandatos coactivos la sociedad civil al suponerse que dispone de la información necesaria para ello, y sin necesidad de someterse a principio dogmático alguno de tipo moral.

Por eso, la demostración teórica de que es imposible actuar de esta manera que debemos a Mises y a Hayek, ha vuelto a dar el protagonismo en la cooperación social a los principios éticos de la moral tradicional en los que se basa la economía de mercado y que casi habían sido relegados al olvido por los políticos, los científicos y gran parte de los ciudadanos. Entre estos principios destacan el derecho a la propiedad y a la posesión pacíficamente adquirida sobre los resultados de la propia creatividad empresarial; la responsabilidad individual, entendida como la asunción por parte de cada actor de los costes derivados de su acción; la consideración de que la «solidaridad» forzada es inmoral, pues pierde el irrenunciable componente ético que siempre ha de tener y sólo le

[20] Ésta es la opinión de Juan Pablo II que, preguntándose si el capitalismo es la vía para el progreso económico y social, contesta inequívocamente lo siguiente: «Si por 'capitalismo' se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, el mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía, *la respuesta es ciertamente positiva*, aunque quizá sería más apropiado hablar de 'economía de empresa', 'economía de mercado', o simplemente de 'economía libre'.» Véase Juan Pablo II, *Centessimus annus*, PPC, Madrid 1991, cap. IV, n.º 42, p. 8 (las cursivas son mías).

da la libertad; y, en suma, que la coacción estatal aplicada para lograr objetivos específicos en el ámbito social es inmoral por ir en contra de la naturaleza del ser humano y de los principios de respeto a la libertad de la acción humana individual y de igualdad ante la ley en que se basa un verdadero Estado de Derecho.

La defensa del carácter ético y moral de la economía de mercado y del liberalismo es imprescindible para asegurar el éxito político de las reformas liberales, debiéndose acabar con el monopolio de la argumentación «moral» de que hasta ahora han disfrutado los políticos intervencionistas (de izquierdas y de derechas) por culpa de la inhibición ética que tiene su origen en el racionalismo estrechamente utilitarista de la escuela neoclásica.

Y es que una de las aportaciones más recientes e importantes de la teoría de la libertad en este siglo ha sido, precisamente, el poner de manifiesto que el análisis meramente consecuencialista de costes y beneficios hasta ahora desarrollado por la ciencia económica en términos de estricta eficiencia utilitarista *no es suficiente* para justificar, por sí solo, la economía de mercado.

De manera que el desarrollo de la fundamentación ética de la teoría de la libertad es imprescindible, básicamente por las siguientes razones:

a) El fracaso mayúsculo de la «ingeniería social» y, en concreto, del consecuencialismo que se deriva del paradigma neoclásico-walrasiano que hasta ahora ha dominado la ciencia económica.

b) Porque el análisis teórico de los procesos de mercado desarrollado por la Escuela Austriaca en base a la teoría de la función empresarial y al concepto de «eficiencia dinámica», tampoco es suficiente para justificar por sí solo la economía de mercado, especialmente frente a aquellos grupos privilegiados de interés que siempre salen beneficiados a corto plazo de la intervención coactiva del Estado y cuya preferencia temporal en favor de las subvenciones, privilegios y ventajas *presentes* que logran siempre prepondera sobre el valor subjetivo que dan a las consecuencias negativas que el intervencionismo, del que ahora se aprovechan, podrá tener en el futuro.

c) Sobre todo, porque desde el punto de vista estratégico son básicamente las consideraciones de tipo moral las que mueven el comportamiento reformista de los seres humanos, que en muchas ocasiones están dispuestos a realizar importantes sacrificios para perseguir lo que estiman bueno y justo desde el punto de vista moral, mientras que este comportamiento es mucho más difícil de asegurar sobre la base de estrechos criterios de eficiencia, que tan sólo consisten en fríos cálculos

de costes y beneficios, cuya virtualidad y fundamentación científica es, por otro lado, más que dudosa.

Debemos, por todo ello, concluir que ninguna reforma liberal tendrá éxito a la larga, si sus impulsores no argumentan con todo conocimiento y energía a sus conciudadanos que la economía de mercado, no sólo es más eficiente, sino que, además y sobre todo, es el único sistema económico acorde con la moral. Y, simultáneamente, que el intervencionismo del Estado y la acción de los grupos de interés que lo respaldan son esencialmente inmorales.

VII. Actuaciones a nivel histórico

El tercer y último nivel en el que hay que actuar para romper el círculo vicioso de lo políticamente imposible es el de la realidad práctica de cada día, que vamos a denominar «nivel histórico». Es claro que el resultado de las decisiones políticas depende de la opinión pública de cada momento y de la manera en que ésta influye sobre los procesos políticos y éstos, a su vez, se dejan influir por la misma.[21] Además, la opinión pública es el resultado de una serie de ideologías, creencias y principios, en muchas ocasiones falsos y contradictorios entre sí, pero que se van filtrando lentamente en el entramado social a través de una constelación de *intermediarios ideológicos*, que Hayek denomina *second-hand dealers of ideas*, es decir, tratantes de segunda mano de ideas ajenas. Entre éstos destacan los denominados en general «intelectuales»: novelistas,[22] his-

[21] «La supremacía política de la opinión pública... determina el curso de la historia... El hombre excepcional fracasa al pretender actuar en el orden social si previamente no ha sabido conquistar la opinión pública. El progreso de la humanidad depende, por un lado, de los descubrimientos sociales y económicos que los individuos intelectualmente mejor dotados efectúen y, por otro lado, *de la habilidad de esas mismas u otras personas para hacer que estas ideologías sean atractivas a la mayoría.*» (las cursivas son mías). Ludwig von Mises, *La acción humana: tratado de economía*, cit., p. 1.021.

[22] Por ejemplo, no puede minimizarse el perjudicial efecto que las novelas de Dickens tuvieron a la hora de generalizar la errónea idea de que la Revolución Industrial supuso un grave daño a las clases populares, cuando, de hecho, se ha demostrado que lo que ocurrió fue justo lo contrario. Lamentablemente, por cada novelista que, como Ayn Rand, interpreta la realidad en función de una teoría y moral adecuadas basadas en los principios liberales, existen muchos otros más que, como Dickens, se manifiestan siempre de una manera parcial y contraria a los principios esenciales del sistema económico capitalista, haciendo a la larga un daño social incalculable a la civilización y convirtiéndose en responsables directos (aun-

toriadores, guionistas de películas, y esos divulgadores profesionales de ideas ajenas que son los periodistas que cada día se encargan de comunicar e interpretar las noticias de más actualidad.

Pues bien, la principal y más urgente responsabilidad en este nivel de la realidad de cada día consiste en modificar la opinión pública, fundamentándola en una teoría y moral adecuadas que sean conformes a los principios liberales. Se requiere para ello un gran esfuerzo y *constancia* dirigidos, sobre todo, y en primer lugar, a educar a estos «intelectuales» y divulgadores de ideas ajenas ganándolos para la causa científica y ética de la libertad que ya se encuentra perfectamente articulada en los niveles teórico y ético que acabamos de comentar. De este manera el ideal liberal podrá ir fermentando en el cuerpo social, gracias a la efectiva labor de un «ejército» de divulgadores e intelectuales que actúen aplicando a la realidad concreta de cada día los principios ya consagrados de la teoría pura de la libertad.

¿Qué tipo de actividades concretas pueden y deben realizarse en este campo? Por vía de ejemplo, y sin querer ser exhaustivos, podemos clasificar de la siguiente manera las actividades que es preciso impulsar y desarrollar cada día sin pausa en este ámbito:

a) Actividades docentes y de formación. Se trata de organizar seminarios de formación en los ámbitos universitarios, y en general de impulsar encuentros, congresos, conferencias y jornadas en las que los intelectuales y divulgadores puedan aprender de primera mano los principios y argumentos esenciales en los que se basa la economía de mercado. Estas reuniones sirven, además, para intercambiar experiencias y proponer nuevas formas de articular, cara a la ciudadanía, la aplicación práctica de los principios liberales.

b) Actividades de difusión y publicación de libros, trabajos y estudios relacionados con el ideal liberal. También un numeroso grupo de empresas e instituciones (organizaciones empresariales, cámaras de comercio, fundaciones, etc.) promueven en mayor o menor medida estudios y trabajos de investigación dirigidos a aplicar el ideario liberal a los problemas sociales más acuciantes.

---

que «difusos») de los más graves conflictos y violencias sociales. Véase F.A. Hayek (ed.), *El capitalismo y los historiadores*, Unión Editorial, Madrid 1974 (2ª edición, 1997). Sobre Ayn Rand, autora, entre otras, de las novelas *El manantial* y *La rebelión del Atlas*, y su influencia sobre el movimiento liberal americano puede consultarse a C.M. Sciabarra, *Ayn Rand: The Russian Radical*, The Pennsylvania State University Press, Pennsylvania 1995.

c) Actividades relacionadas con los medios de comunicación. Se trata de impulsar la aparición de revistas que se especialicen en el estudio y aplicación del ideario liberal; de conseguir que publicaciones periódicas de prestigio adopten una línea editorial comprometida con la economía de mercado; de mantener buenas y constantes relaciones con los profesionales de la información y, en especial, con aquellos que muestren más simpatías con el ideal liberal; y, finalmente, de lograr influir en los medios de comunicación de masas que, como la radio y la televisión, hoy tienen más impacto popular.[23]

d) Creación de institutos y *think tanks* («tanques de pensamiento») de tendencia liberal. Se trata de reproducir el esquema de ya probado éxito, consistente en la creación, impulso y desarrollo de institutos y fundaciones liberales dedicados al análisis de los problemas sociales desde el punto de vista liberal, y a la concesión de becas y subvenciones para el estudio, desarrollo y articulación de las medidas políticas concretas de reforma liberal. Así, en España, se han creado recientemente el Instituto para la defensa del Libre Comercio (IDELCO), la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES), la Fundación Concordia, la Fundación Cánovas del Castillo y otras más que, siguiendo el modelo del *Institute of Economic Affairs* inglés, están comenzando a tener un gran impacto sobre la clase política y la opinión pública en general.[24]

---

[23] En lo que a publicaciones periódicas se refiere, aunque todavía queda mucho camino por recorrer, en nuestro país destaca el importante papel que actualmente están jugando medios como la *Nueva Revista*, *Veintiuno* y, sobre todo, el grupo editorial Negocios (compuesto por el diario *Gaceta de los Negocios*, el semanario *Dinero* y la cadena de radio *Intereconomía*); las peculiares circunstancias de la televisión de nuestro país todavía no han hecho posible que se logre introducir en este medio tan decisivo una adecuada línea editorial a favor de la libertad de empresa. En el ámbito de los medios de comunicación tiene especial importancia el establecimiento de sistemas de seguimiento de aquellos artículos, informaciones, noticias y comentarios que puedan perjudicar al ideal liberal y que procedan de cualquier medio, encargándose puntualmente en cada caso, a aquellos profesionales, teóricos o pensadores liberales que se consideren más idóneos, la realización de las correspondientes contestaciones (en forma también de artículos, trabajos y comentarios) en los que se pongan de manifiesto los errores contenidos en las informaciones publicadas, cuidando especialmente de que los correspondientes trabajos sean publicados en las circunstancias más adecuadas de tiempo y lugar.

[24] La creación de este tipo de institutos se remonta a una iniciativa del empresario inglés Anthony Fisher que, tras la Segunda Guerra Mundial y deseoso de pasar al campo de la acción en pos de la libertad, contactó con Hayek consultándole qué podía hacer en este ámbito. Hayek le desanimó a que entrara en política, convenciéndole de que la rentabilidad a medio plazo de su esfuerzo se multiplicaría

e) Finalmente, es imprescindible la adecuada *coordinación internacional* de todas estas actividades. Así, por ejemplo, el intercambio de experiencias entre los institutos de los diferentes países y la ayuda mutua a nivel internacional entre los teóricos y divulgadores del ideario liberal se ha manifestado extremadamente provechosa. Aquí ha jugado, en el ámbito académico, un papel protagonista la Sociedad Mont Pèlerin, que fue creada por Hayek tras la Segunda Guerra Mundial y que hoy incorpora en su seno a más de cuatrocientos intelectuales liberales, de los que siete han sido Premios Nobel de Economía.[25] También el papel de la Atlas Research Foundation, impulsando la creación de institutos en Hispanoamérica, Asia y Europa del Este, ha sido de gran importancia para extender el liberalismo en unos ámbitos que hasta ahora eran un coto cerrado del marxismo y del socialismo internacional. Y finalmente destaca la labor de organización de seminarios académicos y de publicaciones, efectuada a nivel internacional por el Liberty Fund, el Institute for Humane Studies, el Cato Institute, el Ludwig von Mises Institute y otros muchos más.

Como es lógico, la realización de todo este tipo de actividades ha de efectuarse siguiendo el principio de la especialización y la división del trabajo. Una misma persona o institución no puede ni debe diluir su esfuerzo en todas ellas. Por el contrario, es preciso que las distintas actividades se desarrollen de forma especializada y profesional, si bien es cierto que una adecuada coordinación y articulación de funciones tiende a potenciar el positivo resultado de cada iniciativa. Así, y poco a poco, la acción continua y combinada en todos estos campos termina desenmascarando a nivel de la ciudadanía, no sólo los errores del intervencio-

---

exponencialmente si era capaz de crear un instituto de estudio y opinión dedicado al análisis y popularización de las ideas liberales y que actuara como crisol de esfuerzos de los académicos, intelectuales y políticos. De esta forma se creó el 9 de noviembre de 1955, bajo la dirección de Ralph Harris y Arthur Seldon, el *Institute of Economic Affairs*, cuyo modelo se ha reproducido en centenares de institutos a lo largo de todo el mundo en las últimas décadas, gracias al esfuerzo de la *Atlas Research Foundation*, también impulsada en un principio por el propio Anthony Fisher. Un análisis detallado de la historia e importancia que este tipo de institutos y fundaciones ha tenido en la revolución liberal de las últimas décadas puede encontrarse en el libro de Richard Cockett *Thinking the Unthinkable: Think-Tanks in the Economic Counter-Revolution, 1931-1983*, Harper Collins Publishers, Londres 1994.

[25] Sobre la Sociedad Mont Pèlerin puede consultarse a R.M. Hartwell, *A History of the Mont Pèlerin Society*, Liberty Fund, Indianápolis 1995; y en español las referencias que hago a su fundación, contenido y evolución en mi artículo «Los paladines de la libertad económica», en *Lecturas de economía política*, Unión Editorial, Madrid 1987, vol. III, pp. 204-207.

nismo, su profunda inmoralidad y el egoísmo de los grupos privilegiados de interés que se aprovechan a corto plazo de los mecanismos del poder político, sino que además hacen posible la erosión irreversible del *establishment* y de las ideologías intervencionistas, generalizándose un estado de opinión pública a favor de la economía de mercado y del liberalismo que, aunque de lento crecimiento, termina finalmente consolidándose y haciéndose inexorable e irresistible desde el punto de vista social y político.[26]

VIII. El papel del político en la reforma liberal

Suele decirse que un buen político es aquel que mejor congenia con los votantes, por lo que también suele afirmarse que, en general, los políticos se limitan a *cosechar* un estado previo de opinión pública. Según este enfoque, los políticos no son sino un crisol de la sociedad de la que surgen, y de hecho hay mucho de verdad en esta idea.[27] Así, por ejemplo, Goldwater y Reagan, en sus respectivas campañas para la presidencia de los Estados Unidos, expusieron un ideario liberal muy parecido; y sin embargo, uno, Goldwater, perdió las elecciones porque en 1964 la sociedad americana estaba imbuida de los mitos del Estado del Bienestar, mientras que Reagan las ganó por mayoría absoluta en dos ocasiones a partir de 1980, básicamente porque el centro de gravedad de la opinión pública en los Estados Unidos se había desplazado de manera

[26] Es cierto que, en nuestro propio país, todavía queda mucho por avanzar en pos de la economía de mercado. Y sin embargo, retrospectivamente, comparando la situación actual con la existente hace 20 ó 30 años, es impresionante el cambio que se ha producido a nivel de la opinión pública en favor de la liberalización en muchos ámbitos. Hoy, son pocos los que niegan los efectos beneficiosos que tiene la extensión de la competencia en el ámbito del transporte aéreo; la posibilidad, por ejemplo, de que la leche maternizada se venda en todos los establecimientos; o el efecto beneficioso que ha tenido la aparición de competidores a la Transmediterránea en las comunicaciones por vía marítima con las islas de nuestro territorio nacional, por citar tan sólo algunos ejemplos de liberalización que poco a poco han ido triunfando en nuestro país.

[27] «Las más fecundas teorías pierden su virtualidad si la opinión pública no las respalda. Son totalmente inoperantes si la mayoría las rechaza. Es imposible a la larga gobernar, sea cual fuere el sistema político, en desacuerdo con la opinión pública. Prevalece siempre, en última instancia, la filosofía mayoritaria. No es posible un gobierno impopular y duradero. A este respecto no existe diferencia entre democracia y despotismo.» Ludwig von Mises, *La acción humana: tratado de economía*, cit., pp. 1.020-1.021.

masiva en favor de los principios éticos y teóricos que son propios del sistema capitalista.[28] Por eso, y en la medida en que sea cierto que los políticos se limitan a cosechar un estado de opinión, adquiere una relevancia especial la necesidad de actuar sobre los intelectuales y divulgadores de ideas ajenas, según las recomendaciones que hemos efectuado en el apartado anterior, y que son las que en última instancia garantizan el cambio en la dirección adecuada de la opinión pública que tienden a seguir los políticos.

Sin embargo, la tesis de que el político simplemente cosecha un estado de opinión no recoge *toda* la verdad. Más bien nos orientamos a pensar que los políticos, a pesar de las evidentes restricciones que les imponen el entorno y la opinión pública, en muchas ocasiones tienen un importante *margen de maniobra*, no sólo para actuar en pos de las reformas adecuadas, sino incluso para movilizar a la opinión pública en favor de las mismas. Por eso estimamos muy adecuada esa definición ya clásica de la actividad política que debemos a Cánovas del Castillo, para el cual «la política es el arte de realizar, en cada momento de la historia, aquella parte del ideal que las circunstancias hacen posible.»[29] Nótese que en esta definición se habla de intentar conseguir lo más que se pueda del ideal, por lo que, de acuerdo con la misma, podría y debería darse un neto sentido de beligerancia liberal en toda actividad política. Los casos de Reagan y Thatcher, impulsando la revolución liberal-conservadora de los años ochenta en el Reino Unido y Estados Unidos, son paradigmáticos y demuestran cuánto pueden hacer políticos de carisma que, por convencimiento o movidos por las circunstancias, se deciden a impulsar la reforma liberal en sus respectivos países.

Por eso tiene una gran importancia colocar entre la clase política el mayor número posible de «políticos profesionales» de formación y compromiso liberal. Se trata de que conozcan los principios en los que se basan las reformas y las principales consecuencias, implicaciones y argumentos en favor de las mismas, de manera que lleguen a ser capaces de exponer el ideal liberal de una manera que pueda ser entendida y resulte atractiva para la mayor parte de la ciudadanía. La capacidad de un profesional de la política para articular a nivel popular los princi-

[28] La llamada «revolución conservadora» iniciada por Reagan ha continuado ampliándose hasta hoy en que, por primera vez en muchos años, el Partido Republicano domina ambas cámaras del legislativo americano, y el Presidente Clinton se ha visto obligado a liberalizar notablemente el contenido de su discurso político.

[29] Citado por Lucas Beltrán en su artículo «Seis nombres para una visión de Cataluña», *La Vanguardia Española,* Barcelona, 2 de septiembre de 1976, p. 15.

pios, convencer e ilusionar en el proyecto liberal a las masas tiene un valor incalculable. Desde este punto de vista, resulta muy útil clasificar a los profesionales de la política en cuatro grandes grupos, que serían los siguientes:

Primero: Los políticos profesionales exclusiva y netamente *pragmáticos*. Son aquellos que no conocen los principios liberales ni sus implicaciones. Nada saben ni tampoco les interesa saber del ideario liberal, pues su único interés está en lograr y mantener el poder político, para lo que les basta con sus habilidades personales. Lamentablemente, este conjunto de políticos, ignorantes y pragmáticos, ha sido hasta ahora el más numeroso de entre los que constituyen la clase de profesionales de la política, que en su mayoría está compuesta por juristas, profesores, intelectuales o periodistas cuya única experiencia y habilidad política radica en su capacidad para divulgar ideas carentes de fundamento.[30]

Segundo: Políticos pragmáticos que, sin embargo, *algo han aprendido* sobre los principios e implicaciones esenciales de la teoría liberal. Estos políticos tienen una intuición y un conocimiento sobre el correcto funcionamiento de los procesos de interacción social que han adquirido o bien formándose, o bien como resultado de la experiencia que conlleva el pasar varios años ejerciendo el poder. Gracias a este mayor conocimiento, son, por tanto, al menos conscientes del grave daño que hacen cuando patrocinan medidas de intervención sobre el cuerpo social, aunque, dada su escasa convicción y carácter eminentemente pragmático, sería ilusorio pensar que puedan llegar a adquirir algún complejo de culpa por su responsabilidad en los efectos dañinos que generan las medidas intervencionistas que patrocinan a nivel político.

Tercero: Políticos bien formados en el ideal liberal que procuran, al menos tímidamente, dirigir su acción política en la *buena dirección*. Se trata de un grupo de profesionales de la política que, imbuidos del ideario liberal, hacen lo posible por minimizar el daño que naturalmente genera su actividad, si bien es cierto que, en la mayor parte de las ocasiones, quedan desconcertados ante las graves dificultades y restricciones del día a día y es poco lo que de manera efectiva pueden hacer para impulsar en la práctica las reformas liberales.[31]

---

[30] Sobre el origen y el papel del político profesional como divulgador de ideas de segunda mano debe consultarse el trabajo clásico de Max Weber *El político y el científico*, publicado con una introducción de Raymond Aaron por Alianza Editorial, Madrid 1981.

[31] También deben incluirse en este grupo aquellos políticos que, sin razón o con ella, creen que las circunstancias políticas no permiten llegar más lejos, y perma-

Cuarto: Políticos que conocen la teoría liberal y que son capaces de dirigir la marcha de los acontecimientos políticos hacia los objetivos finales. Sus principales características son: 1) su capacidad para *articular* el ideario liberal de una manera optimista y atractiva para las masas de votantes; 2) capacidad de *convencer* a la ciudadanía de la necesidad de las reformas; y 3) capacidad de *ilusionar* a la mayoría del electorado con su proyecto. Este último cuarto grupo está constituido por un puñado de *políticos excepcionales*. Muy afortunadas deben considerarse aquellas naciones en las que, en algún momento histórico, surja algún «político pura sangre» dotado de todas estas características. Son los casos, y ni siquiera a lo largo de la totalidad de su actividad política, de Erhard, Reagan, Thatcher y Vaclav Klaus, entre los que han tenido éxito en el impulso, desarrollo y culminación de importantes reformas de tipo liberal; y de Vargas Llosa y Antonio Martino, entre los que lo intentaron y, por una u otra razón, no pudieron lograrlo. Todos ellos son un noble ejemplo a seguir y tratar de imitar por todo político profesional que quiera triunfar a la hora de llevar a la práctica sus convicciones liberales.[32]

Es evidente que las actividades reseñadas en los apartados anteriores deben dirigirse con carácter prioritario a formar e influir en un grupo tan numeroso y preparado como sea posible de políticos, de manera que logremos que sean capaces de clasificarse en los grupos tercero y cuarto que acabamos de describir. Para alcanzar este ambicioso objetivo debe utilizarse una combinación tan variada como sea posible de actividades, entre las que han de tener un carácter protagonista las de los institutos liberales ya mencionados, sobre todo a la hora de conectar los principios de la teoría y ética liberal con su aplicación práctica en forma de medidas políticas concretas, dirigidas en la buena dirección hacia los objetivos finales, que estén bien articuladas en términos políticos y sean

---

necen «agazapados» a la espera de que las circunstancias cambien y puedan convertirse en políticos del «grupo cuarto», capaces de impulsar reformas radicales. Que esta justificación corresponda a la realidad o sea una mera ilusión autojustificativa de las propias carencias es algo que habrá que enjuiciar en cada caso histórico concreto.

[32] Siguiendo el ejemplo inglés, sería muy conveniente calificar a los políticos de cada momento en alguno de estos cuatro grupos, por un comité de observadores liberales que publicara sus resultados regularmente, con la finalidad de dejar en evidencia a los que tuvieran una actuación más contradictoria y/o dañina, a la vez que se incentivaba una sana competencia entre los políticos liberales por ascender en la escala de clasificación, formarse y procurar mejorar en su comportamiento profesional.

atractivas para amplias capas de la población. Las reformas, además, deben ser concebidas de tal manera que contengan elementos que las hagan *de facto* irreversibles, por favorecer a grupos importantes y muy numerosos de ciudadanos que, al beneficiarse de las mismas, son ganados definitivamente para la causa liberal.[33] Introducir de forma creativa todos los elementos posibles para hacer políticamente irreversibles las reformas liberales es, por tanto, de una importancia trascendental.

IX. ¿CUÁNTO DEBEN MENTIR LOS POLÍTICOS?[34]

A pesar de las consideraciones anteriores, no debemos engañarnos: son muchas las restricciones de los políticos y en la mayor parte de las ocasiones su margen de maniobra es muy escaso. Es más, las dificultades que en el día a día de la política se producen son tantas que ha llegado a aceptarse con carácter general que una de las características típicas de los políticos sea su habilidad para engañar y mentir al electorado. ¿Es esto inevitable? ¿Cuáles son los límites que, desde nuestro punto de vista, nunca debe traspasar un político liberal?

El reconocimiento de las limitaciones y restricciones a las que se ve sometido el político liberal nunca debe hacerle olvidar la ineludible necesidad de seguir la *estrategia dual* que hemos explicado con anterioridad. El político liberal, por tanto, nunca deberá perder la guía de referencia (que son los objetivos finales y sus implicaciones teóricas y éticas esenciales) y, como mucho, podrá aceptarse que adapte su comportamiento a las dificultades y escollos de cada momento. Así, podrá disculparse que, en determinadas ocasiones, *silencie* algunas reformas que piense llevar a cabo cuando las circunstancias lo permitan, e incluso que calle sobre ciertas consecuencias e implicaciones de algunas de sus decisiones políticas. También se pueden aceptar algunos comportamientos de calculada *ambigüedad*, sobre todo en épocas electorales, con la finalidad de no plantear la discusión de algunos temas que, por su mayor complejidad, puedan hacer muy espinosa su detallada explicación a la

[33] Un ejemplo paradigmático de reforma liberal irreversible fue la privatización de las viviendas inglesas de titularidad municipal, que fueron vendidas por el gobierno de Thatcher a sus inquilinos (en su mayoría millones de modestos trabajadores) que se convirtieron así en pequeños propietarios a los que ya ningún partido ni siquiera de izquierdas osará expropiar.

[34] Éste era el sugestivo título de un artículo de Pedro Schwartz publicado en *Cinco Días* el lunes, 27 de noviembre de 1995, p. 4.

ciudadanía, o dejen innecesariamente flancos abiertos a la demagogia fácil de la oposición. Finalmente, puede aceptarse que el político liberal «sepa decir las verdades» según convenga, e incluso que haga uso de una «sana demagogia», como cuando se defienden medidas siempre populares pero de gran contenido liberal como las relativas, por ejemplo, a la disminución indiscriminada de los impuestos, o a la reducción o eliminación del servicio militar obligatorio.[35]

Pero lo que en ningún caso puede admitirse desde el punto de vista liberal es alguno de los comportamientos siguientes: a) mentir deliberadamente en relación con algún aspecto concreto de la actividad política diciendo a los ciudadanos justo lo contrario de lo que se piensa llevar a cabo;[36] b) aceptar modificaciones en el programa que desdibujen del todo el ideario liberal; y c) lo más grave, tomar medidas que vayan en la dirección opuesta a lo que se dice perseguir a largo plazo y que incluso traicionen los principios éticos o teóricos esenciales del ideario liberal.[37]

No traspasando nunca los límites anteriores, puede y debe aceptarse incluso una estrategia de tipo «leninista»,[38] dirigida a conseguir tantos apoyos como sean necesarios para sacar adelante las reformas liberales y que, en función del ámbito y las circunstancias concretas sobre los que se actúe, exigirá buscar aliados en unos u otros grupos e institu-

[35] En todo caso, hay que evitar dejar el monopolio del uso de la demagogia a los partidos intervencionistas y, si bien hay que reconocer que es ciertamente más difícil para un liberal el recurso a la demagogia, esto no significa que no existan importantes prescripciones liberales cuyo contenido demagógico pueda, en ocasiones, ser convenientemente explotado.

[36] Como es sobradamente conocido, esta táctica de mentira deliberada ha sido una y otra vez utilizada por los políticos del Partido Socialista Obrero Español en las anteriores legislaturas.

[37] Como ejemplo de lo que no se debe hacer, cabría mencionar el establecimiento, por ejemplo, de subvenciones a las amas de casa y a los recién casados que se han tomado por algunos políticos supuestamente liberales nada más alcanzar el poder en alguna Comunidad Autónoma española; o el apoyo explícito a las restricciones e intervenciones de los horarios comerciales, la ley de arrendamientos urbanos o la legislación laboral, en que desgraciadamente cayó en el pasado el partido político relativamente más liberal que existe en nuestro país.

[38] Éste es, por ejemplo, el calificativo que S. Butler y P. Germanis dan a la estrategia que proponen para las reformas liberales en su artículo «Achieving Social Security Reform: A 'Leninist' Strategy», *The Cato Journal*, vol. 3, n.º 2, otoño de 1983, pp. 547-556. Sobre la estrategia más adecuada para lograr el triunfo de la libertad debe leerse el sugestivo trabajo de Murray N. Rothbard, «La estrategia de la libertad», cap. XXIX de *La ética de la libertad*, Unión Editorial, Madrid 1995, pp. 345-367.

ciones sociales.[39] Además, como ya hemos visto, es preciso que las reformas liberales se consoliden y se efectúen de tal manera que terminen haciéndose *irreversibles*. En suma, nuestra estrategia liberal debe estar siempre dirigida a ganar apoyos y a debilitar e inhibir la oposición intervencionista. Por otro lado, y en lo que se refiere al diseño e impulso de las reformas liberales, si en algo hay que pecar, ha de ser más bien por exceso que por defecto. Nada hay más lamentable que el caso frecuente del político que alcanza el poder con un programa liberal y un gran apoyo ciudadano y, cuando llega la hora de la verdad, por falta de tesón o convencimiento en sus propias ideas y por timidez a la hora de plasmarlas en la práctica, se queda muy lejos de las expectativas creadas, desprestigiándose completamente a sí mismo y, lo que es más grave, al ideario liberal que decía defender.[40]

En todo caso, el resultado político concreto depende en cada momento histórico de muchas circunstancias concretas sobre las que no es posible teorizar. No obstante, cabría enunciar una serie de «leyes de tendencia» que pueden facilitar la acción del político a la hora de entender y tratar de gestionar la relación existente entre el mundo de la opinión pública y el ámbito de la acción política concreta en que se desenvuelve. Así, puede afirmarse que, a igualdad de circunstancias, conforme más educada esté la opinión política más radical podrá ser el mensaje del político liberal. Y *viceversa*, conforme la opinión pública tenga menos formación, más difícil es que el contenido liberal del mensaje político

[39] Así, por ejemplo, en relación con la reforma de la Seguridad Social, el grupo más importante al que ha de recurrirse es el de los trabajadores relativamente más jóvenes, que son los más perjudicados por el mantenimiento del sistema de reparto en el que actualmente se basa el sistema público de Seguridad Social hoy en crisis en todos los países occidentales. Respecto de la liberalización de horarios comerciales, es claro que las empresas distribuidoras de grandes superficies y las amas de casa y organizaciones de consumidores son los grupos más interesados en impulsar y mantener las reformas liberales; y así sucesivamente habrá que identificar en cada caso de dónde pueden venir los apoyos más importantes.

[40] «Cuando el político haya reflexionado sobre la reforma que prepara; cuando se esté de acuerdo en que es oportuna y beneficiosa, entonces échela al mundo y hágala prosperar con todas sus fuerzas. El tesón debe ser una de las primeras cualidades del político. No abandone nunca la obra que comenzó cerciorado de su pertinencia y utilidad. Trabaje con ahínco por ella; conságrela todo su tiempo y toda su energía. Si sus esfuerzos no logran éxito lisonjero, tiempo vendrá en que será reconocida su buena voluntad y en que todas las miradas se volverán a él en demanda de sus iniciativas.» José Martínez Ruiz (Azorín), *El político (con un epílogo futurista)*, *Obras completas*, tomo VIII, Rafael Caro Raggio, Editor, Madrid 1919, pp. 194-195.

sea comprendido y compartido por la ciudadanía. Otra ley de tendencia es que cuanto más traumática sea la situación social de partida, más radical podrá ser el mensaje; en efecto, es en las situaciones de verdadera crisis social en las cuales la ciudadanía está más dispuesta a asumir sacrificios y políticas de *shock*.[41] Otra ley de tendencia es que, *ceteris paribus*, conforme existan en un país más políticos profesionales pertenecientes a los grupos «tercero» y «cuarto» (constituidos, como se recordará, por aquellos políticos más formados y convencidos en el ideario liberal y con más capacidad para articular y hacer atractivo su mensaje), más radical podrá ser la política liberal que preconicen. Y *viceversa*, políticos profesionales menos preparados, es decir, de los grupos «uno» y «dos», se verán imposibilitados por sus propias contradicciones y carencias teóricas y éticas para articular y defender adecuadamente un mensaje liberal cuyo contenido no comparten y además desconocen. Finalmente, y ya en periodos más electorales, conforme más seguro se esté de ganar por razones accesorias las elecciones, menos necesario será radicalizar el mensaje liberal. Y *viceversa*, es en las circunstancias donde el triunfo electoral es más lejano donde puede y debe lanzarse un mensaje más radical frente al *statu quo* intervencionista.

X. Conclusión

Por último, terminaremos haciendo una recomendación para todo político liberal en el que prepondere, sobre sus deseos de lograr, alcanzar y mantenerse en el poder, el objetivo final de elaborar, impulsar y culminar una reforma generalizada de liberalización en la economía y en la sociedad.

Primeramente, hemos de repetir que, en todo caso, si ha de pecarse en algo, ha de ser siempre por exceso; es decir, ha de radicalizar el mensaje hasta el punto de someter a prueba tanto a los miembros de su partido como a sus conciudadanos. Sólo de esta manera podrá experimentar y apreciar si de hecho reúne o no cualidades para ser un político perteneciente al «grupo cuarto», es decir, capaz de ilusionar y movili-

[41] Éste es uno de los aspectos que más influyó en la aceptación popular del Plan de Liberalización llevado a cabo por Erhard en la Alemania Federal en 1948 y que, contra todo pronóstico de los asesores de las potencias ocupantes, dio lugar al «milagro económico alemán». Una descripción de este Plan por el propio Erhard puede encontrarse en su libro *Bienestar para todos*, ob. cit.

zar al electorado en pos de una política adecuadamente articulada de reformas liberales. Lo peor que puede sucederle es que, como consecuencia de su toma de posición relativamente más radical, no logre prosperar en su propio partido, y quede marginado por sus responsables y supervisores más «pragmáticos». Pues bien, es precisamente la aceptación o no de su mensaje y persona en su propia formación política, la prueba inequívoca y definitiva de si debe seguir o no dedicando sus esfuerzos a la actividad política: si no es aceptado, es mejor que deje a otros profesionales de la política menos comprometidos (pertenecientes a los grupos tres y dos) que tomen temporalmente el protagonismo, pues evitará quemarse en esfuerzos innecesarios, que serán posiblemente mucho más fructíferos a largo plazo en otras actividades (no políticas) de estudio y divulgación liberal.[42]

De esta manera no perderá el tiempo ni se agotará en actividades que, por las restricciones del entorno, hacen muy difícil la persecución del ideal y que, en todo caso, pueden ser llevadas a cabo por otros profesionales menos comprometidos. Además, siempre es conveniente que quede alguien «en reserva» por si el día de mañana las circunstancias cambian y ante necesidades más apremiantes es llamado a mayores responsabilidades de poder político, en un entorno en el que pueda desarrollar su programa liberal sin trabas innecesarias de tipo partidista.[43]

Existe, por tanto, una evidente relación entre aquello que permita llevar a cabo el entorno político y la conveniencia de la implicación personal en el mismo de un político de fuertes convicciones liberales. Conforme las restricciones sean mayores, más dificultades tendrá para desenvolverse en ese entorno y más posible es que otros colegas menos comprometidos ideológicamente (pertenecientes a los grupos dos y tres) puedan desarrollar adecuadamente su labor. Por el contrario será en

[42] También es admisible, sobre todo en el caso de políticos profesionales que no puedan o no quieran dedicarse a otra actividad que, tal y como hemos descrito en la nota 31, adopten la táctica de convertirse en políticos del «grupo tres», mucho más «pragmáticos» y, por tanto, menos «radicales» e «incómodos», a la espera de que cambien las circunstancias y puedan impulsar reformas más radicales. El principal riesgo de esta táctica es, desde luego, que termine convirtiéndose en una coartada autojustificativa del inmovilismo. Dependerá de cada circunstancia histórica cual sea nuestro juicio respecto del comportamiento en este ámbito de cada político concreto.

[43] En estas épocas de control por parte de los políticos más «tibios» (grupos uno, dos y tres), conviene no obstante no desligarse totalmente del partido, con la finalidad de ejercer un necesario papel de conciencia crítica liberal que constantemente marque las contradicciones y errores de los que detentan el poder.

aquellas circunstancias en las que sea posible impulsar un programa más radical en las que su intervención e implicación personal sea más insustituible, puesto que no es de prever que otros colegas menos formados y comprometidos ideológicamente sepan y puedan aprovechar de forma adecuada la oportunidad histórica que se presente para sacar adelante reformas profundamente liberales. Como es lógico, la evaluación de cuándo nos encontramos ante una u otra circunstancia depende de la perspicacia e inteligencia política de cada político liberal.

En todo caso, el principal riesgo de la estrategia recomendada es que el político «grupo cuatro» sea finalmente aceptado por su partido y, tras presentar su programa y defenderlo con constancia, fracase a la hora de ganar las elecciones o pierda el poder. Pues bien, incluso en estas circunstancias tan adversas, que una y otra vez se han dado en la historia, este resultado negativo no ha de considerarse un fracaso en sentido estricto. Tan sólo sería un verdadero fracaso, desde el punto de vista liberal, bien haber traicionado los principios, bien haber pecado por defecto impulsando unas tímidas políticas liberalizadoras cuando las circunstancias permitían ir mucho más lejos.[44] Fuera de estos casos, el no conseguir el éxito electoral en una circunstancia histórica determinada ha de considerarse, tan sólo, una derrota táctica en esa larga y difícil lucha por ganar el futuro a favor de la libertad.

[44] Tal parece ser el caso del tándem Chirac-Juppé tras el triunfo de la derecha liberal en las últimas elecciones generales de nuestro país vecino.